



Elena

La voz del silencio

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Legué a un departamento con la luz blanca que sólo prenden en las noches para ahorrar. Soy nueva en el lugar; nadie pretende darme la bienvenida, de lo cual no me quejo porque no entiendo el afán de predicar cariño por gente que aún no conocemos. Además, mi generación es, probablemente, una de las más desconfiadas que han existido. Tenemos la costumbre de cuestionarnos todo, y ni siquiera como grandes pensadores o filósofos; al menos aquí, en mi país, nos cuestionamos de dónde viene la carne del taco en nuestras manos; irónicamente, es algo que pensamos mientras masticamos. Nos cuestionamos la edad de la maestra, cuánto le pagarán, y a veces, si habrá terminado la prepa virgen; aun así, le hablamos como si le guardáramos respeto... ¿Cómo lo sé? Porque he sido alumna y soy maestra. Nos cuestionamos, por ejemplo, si en este departamento hay asesinos, drogadictos, prostitutas, familias disfuncionales, ancianos o algún muerto entre las paredes.

Busqué al arrendador en su oficina, y de paso noté que el edificio tenía manchas de humedad y grietas en las paredes pero, como sólo pensaba en llegar a casa para dormir, no me importó, sobre todo porque la renta era excesivamente barata: 3,500 pesos mensuales, con agua, luz e internet incluidos. Cuando toqué la puerta, escuché la voz de un fumador al otro lado, quien tropezó con el escritorio y la abrió con una energía nerviosa.

—Pásele, pásele, con confianza, nomás que ahí disculpe el desorden. ¿Usted es Elena? Viene por su llave, ¿verdad? —Lo miré mientras buscaba la llave en un cajón revuelto.

—Sí, ¿usted es el señor Héctor?, ¿el dueño?

—Sí, sí, mucho gusto... Mire —tendió su mano con la llave en la palma—, eran dos copias, pero el inquilino anterior perdió una...

Salí de la oficina con mi equipaje sobre el hombro. Mi departamento estaba en el segundo piso, “con excelente vista”. A mitad de las escaleras me topé con personas, quienes seguramente eran mis vecinos: un grupo de cuatro muchachos que se quedaron mudos en cuanto me acerqué; caminé entre ellos, temiendo golpearlos con la maleta y susurrando “permiso”, pero con ganas de decirles lo mucho que estorbaban, platicando en un lugar tan angosto. Una vez que los dejé atrás, sentí cómo ellos subían también, lo ignoré. Saqué la llave y aunque entraba en la chapa, no podía darle vuelta, “me lleva la...”, pensé.

—¿Le ayudó? —dijo uno de los muchachos. Parecían haberme seguido.

—No, gracias...

—Es que tiene su maña, ése era mi depa. —Se acercó y me movió para abrir la puerta. Metió la llave con fuerza, levantó la puerta unos centímetros y la abrió en segundos. —Ahí ta’ —dijo con satisfacción.

—A ver... espérame, ¿éste era tu departamento?

—Simón, pero me quedó chiquito. —Su sonrisa pedante empezó a asquearme; eso y que no dejaba de verme los pechos.

—Tú eres el tipo que perdió la otra llave, y ahora resulta que eres el único que le sabe a la “maña” de mi puerta. ¿Tienes la copia?

—¡Uy! Relájese, amiga, yo nomás quería ayudar.

—¿Tienes la otra copia? ¿Sí o no?

—No, sabrá Dios dónde quedó.

—Bueno, nada más te aviso que voy a cambiar la chapa. —Sus amigos rieron entre dientes, y se retorcieron como gusanos mientras veían la escena.

—Pos uste’ sabrá, muy su problema. —También él se rio mientras me daba la espalda.

Entré a mi departamento, me asomé por la mirilla y los vi subir las escaleras. Tomé mi celular y llamé a mi madre, pero no respondió. Entonces llamé a Valeria, mi hermana.

—¡Weeeey! Me traías con el pendiente, ¿ya llegaste? —Me reí mientras la escuchaba.

—Ya, ya hasta me instalé. ¿Dónde anda mi mamá?

—Fue al mercado, ya sabes que ahí nunca contesta, que porque se lo roban. Oye, pero cuéntame, ¿cómo se ve el lugar? ¿Qué tal los vecinos?, ¿y las vecinas?, pero primero los vecinos. —Volví a reír.

—¡Qué bárbara...! Pues, ya conocí a algunos, pero aparte de feos, me quedaron ganas de ponerle una tremenda cachetada a uno de ellos. Y luego no podía entrar a mi depa porque la chapa anda mal; me ayudó este tipo a abrir, pero resulta que él antes vivía aquí, en mi departamento, y aparentemente falta una copia de la llave; sospecho que él la ha de tener por ahí, y seguro hoy la va a buscar porque se la exigí.

—Ay, Eli, ¿ya tan pronto con broncas? ¿Y estás segura?, ¿no andarás nerviosa? Porque dicen que todo por allá es medio agitado y capaz que él venía en buen plan.

—Pues igual mañana hablo con el arrendador, porque no, no me siento cómoda. Vale, deja desempaco, dile a mi mamá que después le llamo, pero que llegué bien.

Observé el departamento, noté que también mis paredes tenían grietas. Era un lugar pequeño, pero había una cocina, tenía mi propio cuarto, una sala pequeña y un baño completo; todo era gris azulado y la “excelente vista” me la tapaba un edificio de quince pisos. Después de desempacar mi maleta con tres vestidos, cinco pantalones, y como diez blusas, me serví un cereal, revisé mi horario de trabajo y me fui a dormir.

Me desperté por el sonido de un portazo; me quedé quieta unos segundos, miré a mi alrededor para buscar con qué defenderme, tomé un tacón de mi clóset. La puerta de mi habitación estaba abierta, y yo nunca duermo con la puerta abierta. Traté de llamar a emergencias desde mi celular, pero como temblaban mis manos, no podía poner la contraseña para desbloquearlo. Corrí a prender la luz de la sala y observé el diminuto departamento; nadie podría esconderse ahí, no había espacio. Me relajé un poco, dejé el tacón y me acerqué a la puerta de la entrada, estaba sin seguro.

—¡Hijo de la chingada! —dije presionando mi mandíbula. Cerré con seguro y puse una silla para escuchar, por lo menos, cuando alguien entrara.

A la mañana siguiente, el arrendador me encontró esperándolo fuera de su oficina. Mis clases empezaban a las 8 de la mañana y el arrendador llegó a las 7:30 a.m., cuando su horario decía que se encontraba disponible las 24 horas.

—Buenos días, Elena, ¿qué necesita? —dijo mientras me hacía a un lado para abrir su oficina.

—Buenos días, Héctor, me temo que le traigo una queja... y de paso una petición. Me parece que el contrato incluye el mantenimiento de mi departamento, ¿no?

—Así es, tome asiento, por favor.

—No tengo mucho tiempo, Héctor. Me gustaría que cambiara mi chapa, que no funciona. Y además, ayer se me metieron —esa última oración delató mi coraje en su totalidad.

—Ah, caray, ¿cómo que se metieron? ¿Quién? —Mordí mi lengua para contestar con cortesía.

—No sé, Héctor, pero sospecho que fue el inquilino anterior, el que tiene la copia que se perdió.

—¿Armandito? No, ¿cómo cree? ¿Ya lo conoció? Es muy buen muchacho, ¿lo vio en su departamento?

—Sí, a eso me refiero; cuando lo conocí, él fue el que me abrió la puerta... no lo vi anoche, pero es el único que sabe abrir.

—Ah, ¿ya ve?, la estaba ayudando, no veo el problema... ¿Le robaron algo?, ¿le hicieron algo? —Llevé mis manos a los bolsillos para no golpear algo o arrebatarle su peluquín.

—No, no se llevaron nada ni me hicieron nada...

—¿Y estaba dormida? A lo mejor lo soñó. —Quería llorar.

—De todas formas la chapa no funciona, y me gustaría que la cambie.

—Claro que sí, en cuanto tenga un tiempcito llamo al cerrajero. —Sonrió, yo asentí y le di la espalda. Cerré la puerta detrás de mí y al inicio de la escalera había una señora muy anciana riendo.

—Eres nueva, ¿verdad? —Me preguntó con una mirada burlona y una ceja alzada, mientras subía las escaleras.

Llegué a mi trabajo a las 9 a.m. con una mancha de café en mi blusa y sudando, buscando a quién culpar por la congestión del metro. Algunas maestras me ayudaron, de mala gana, a llegar con la directora. Me dio mis horarios, mis listas, me indicó mis aulas, etc. Me dio una advertencia con respecto a la puntualidad, “pero te la voy a pasar porque no todos dominan la ciudad a la primera”.

Al finalizar la jornada, mis uñas estaban hechas trizas, no había dormido nada y no tenía idea de cómo volver en metro. Sonó el timbre, los niños me entregaron sus trabajos y se retiraron; me quedé sentada un rato observando el salón y la presión en el pecho aumentó; era un



POR MARÍA PAULA HINOJOSA REYES

- EL MIEDO ES UNA CASA SIN VENTANAS -

El miedo es una casa sin ventanas, María Paula Hinojosa Reyes.

ambiente agradable, los niños eran amables, las paredes eran amarillas y había dibujos por todas partes. Tenía miedo de volver a casa, quería dormir en ese salón. Lloré.

Cuando volví al departamento, Héctor no estaba; subí al primer piso y me encontré a la señora de la mañana.

—Disculpe, ¿ha visto a Héctor? —Ella sonrió.

—M'ijita, ¿ya viste esas grietas? El edificio se cae en pedazos, ¿y crees que Héctor va a arreglarte una chapa?

La señora bajó las escaleras despacio, mientras que yo subí a mi departamento. Una vez arriba, encontré a Héctor con un hombre revisando mi chapa; sonreí, hasta que el hombre se puso de pie y vi que era Armando.

—¿Qué pasa? —Me acerqué enérgica, tronando los tacones con más intensidad de la necesaria.

—Pues Armandito ya le anda arreglando la chapa. —Le dio unas palmadas en el hombro.

—No, no ¡Le dije que quería un cerrajero! —Mis labios, mis manos y mis párpados temblaban un poco.

—Armandito es cerrajero, Elena. —Le sonrió. Armando miraba mis piernas, mi blusa llena de café, mis labios, y yo quería escupirle en la cara.

—No se apure, yo le cuido... la casa —dijo Armando, y Héctor rió y se despidió. Yo lo seguí.

—Héctor, quiero otro cerrajero, que el pendejo de “Armandito” no ha hecho otra cosa más que estar chingando desde que llegué.

—A ver, Elena, el contrato dice que debo arreglarle el departamento, y con Armando me sale regalado —encogió los hombros—. Ahorra sí que... si no le gusta, ps'... páguese un cerrajero uste'.

—Yo no voy a estar aguantándole sus trucos de estafador, a mí me da lo que me promete, un cerrajero calificado, o me largo de aquí.

—Ay, sí. —Cruzó los brazos—. Y me imagino que va a pagar la pena convencional del contrato, ahorita que no lleva ni un día trabajado; porque yo le estoy cumpliendo con un cerrajero.

—¿Y las grietas qué? ¿Cree que soy estúpida? —Él chasqueó la lengua.

—¿Qué tienen? Son de pintura, el edificio es bien sólido. Con su permiso, Elenita, que ya me tengo que ir. —Una vez más, me hizo a un lado y salió del edificio.

Subí a mi piso, estaba segura de que la impotencia había generado un tic en mi ceja. Armando seguía hincado; decidí vigilar cada uno de sus movimientos hasta que se marchara.

—Yo tuve una morrita que se llamaba Elena —dijo mientras bajaba. Lo ignoré—. Estaba bien buena; muy chiquita, me llegaba como al hombro, pero tenía un cuerpazo... —Con sus manos simuló la forma de sus pechos.

Inconscientemente me rascaba la nuca y tiraba de mi cabello.

—Hasta eso usted está más guapa... —Aún me daba la espalda, miré alrededor; el pasillo estaba vacío y no había ruido en otros pisos—. Más guapa y hasta más alta.

Se acomodó de manera que pude ver su perfil mientras seguía revisando la chapa; me fue imposible ignorar que su miembro sobresalía debajo del pantalón; tomé mi celular y fingí llamarle a alguien... sólo fingí. Al verme hacerlo, Armando se puso de pie de inmediato.

—Ya estuvo, ya nomás no la fuerce. —Se acercó a darme la llave y yo no “colgué” el celular.

—¿Carlos? Hola, ¿puedes venir? —Armando sonrió.

Se acercó más, aún con su miembro sobresaliendo, extendió la mano, tomó mi celular a la fuerza, traté de arrebatárselo, rasguñé su cara, se quejó, un “pinche puta” salió de su boca y opté por alejarme; alzó mi celular y me mostró que lo tenía al revés.

—¿Carlos? Te imaginas a tus novios como te imaginas a la gente que se mete a tu casa, ¿verdad? ¿Eh? ¿Tan urgida andas?, ¿quieres llamar la atención, putita? ¿Elenita? ‘horita lo arreglo... —Me provocó náuseas.

—¡Dámelo, dámelo y lárgate o te juro que me pongo a gritar! —en ese momento bajó un hombre del tercer piso; parecía que llevaba prisa, así que aproveché su presencia para tomar mi celular y entrar a mi departamento.

Cerré con rapidez y, tras fijarme por la mirilla que Armando se fuera, terminé de destruir mis uñas; mordí hasta la cutícula sin fijarme en la sangre que empezaba a brotar. Tomé pastillas para dormir, un

poco de té para calmarme; llamé a Valeria, pero no respondió, así que le dejé un mensaje contándole todo. Sentí hambre, pero la idea de salir me dio náuseas; traté de distraerme con mi computadora, lloré sobre el teclado, hablé con algunos amigos por mensaje; finalmente me fui a dormir. “Mañana me largo, no sé cómo le voy a hacer, pero mañana me largo”, me dije a mí misma.

Pero no hubo mañana; quizá si no hubiera tomado las pastillas para dormir, hubiera escuchado a alguien entrando en la madrugada; si hubiera escuchado a mi intuición; si no lo hubiera rasguñado, si lo hubiera reportado... Quizá si nunca hubiera dejado mi casa, a mi mamá o a mi hermana, probablemente en los periódicos no se leería: “Encuentran mujer violada y asesinada a golpes”.

El artículo tiene un comentario de Héctor donde jura que nunca le dije que mi chapa estaba mal. Dicen que fue mi ex novio, que tras entrevistar a mi mamá, saben que él y yo no quedamos en buenos términos. Nadie sospecha de Armando, sólo Valeria, a quien tacharon de loca porque Armando ni siquiera es cerrajero. Dicen que me hubiera quedado en casa, que era muy joven para vivir sola; que es mi culpa por no ver lo obvio: “el edificio se ve de mala muerte y de todas formas se quedó”.

Una semana después el edificio se derrumbó. Héctor no estaba en él, pero le llovieron demandas. Armando murió, y los inquilinos que lo conocían ahora le llevan flores cada mes; inquilinos que no me molesté en conocer, ni ellos a mí.



Natura silente vigila, Will Wilson.

